

## Oviedo

Juan José Vallina Martínez, 78 años

Leonardo García Díaz, 23 años

### HISTORIA DE FE

- Quiero contar la historia de mi fe cristiana, de los acontecimientos que han hecho que yo tenga esta fe. Cuando Juan José me dijo esto a los dos minutos de conocernos, me costó disimular mi sorpresa.

- ¿Crees que puede tener algún interés? - me preguntó.

- Puede ser que lo tenga, puede ser. Hablemos sobre esos... acontecimientos...

Guerra Civil, Frente Norte, octubre de 1936. Las tropas republicanas de las cercanías de Oviedo retroceden ante el avance del ejército franquista. El pánico se apropia del pequeño pueblo de Juan José; las tropas moras se acercan. “Echar mantas, colchones, algo de ropa y el ‘ganao’ que se pudiera”. Juan José aún guarda retazos de ello; la vida del refugiado. Gente andando en triste procesión, dejando su casa atrás, con rumbo fijo hacia algún incierto lugar. Un coche se detiene. Sus potentes faros deslumbran a la familia. De él sale un enojado militar que, blandiendo un arma, amenaza con pegar dos tiros al cabeza de familia si se lo vuelve a encontrar. Cosas de esta guerra. “Dios sabe que nos tiene aquí”, dice la madre. Ese momento y esa frase aún perduran en Juan José.

Llegan a su destino, otro humilde pueblo asturiano. Junto a sus tías y otras tres familias pasan las noches en una panera. A salvo. A los tres días su padre y su tío son llamados a filas. Miedo, hambre y mucho rezar para que todo pase. Recuerda Juan José aquellas noches en las que se oían las bombas y ametralladoras, se sentía la preocupación por los familiares en el frente y entonces, comenzaban los rezos.

Los viajes al comité republicano en busca de noticias sobre su padre eran frecuentes. Juan José acompañaba a su madre, pues era sabido que “un niño pequeño daba cierto respeto”. En uno de ellos, “un jilguerin” se poso sobre su pecho, dejándose coger. Tras acariciarlo, su madre le apremio a soltarlo. Le explico que, al privarle de libertad se moriría, y eso no le gustaría a “Diosín”. “Nada más abrir las manos voló al cielo y mi pensamiento, aun siendo muy pequeño, fue hacia mi padre que estaba en el frente privado de libertad y forzado a matar a sus hermanos”.

Acabada la guerra en Asturias, el padre se reunió con la familia, pudiendo regresar juntos al hogar. El tío de Juan José no tuvo tanta suerte; murió en el frente. De su casa sólo quedaban ya las paredes. De su panera, “ni los pegollos”. Su padre, como tantos otros que habían combatido en el bando republicano, tuvo que presentarse ante las nuevas autoridades. Se le dio a elegir: La guerra o la cárcel, o lo que es lo mismo, jugársela en el frente aragonés o en una celda, sabiendo que cualquier noche le podrían sacar a dar un “paseo” de esos de los que nunca se vuelve.

Sin padre y sin hogar, la familia se refugió en la escuela del pueblo para posteriormente ir a casa de unos familiares. Las penurias continuaban, pero al menos los tiros quedaban ya lejos. Su padre volvió nuevamente de la guerra, sano y salvo. Imposible saber cuántos rezos se habían pronunciado por él.

Las dificultades prosiguieron, pero la guerra ya era cosa del pasado. El cura del pueblo mosto interés por Juan José. Si se tocaban dos campanas al tiempo, el difunto era mujer. Si tocaban las tres, hombre. Juan José conocía bien los diferentes toques. Su fe siguió creciendo y de monaguillo quiso pasar a seminarista.

En el verano del 45 había un examen para entrar en el seminario. Juan José se esforzó tratando de compensar los conocimientos que, por falta de oportunidad, no había podido adquirir. Se obró el pequeño milagro. Juan José aprobó, cinco raspado, pero aprobó. En el seminario las cosas no empezaron bien, muchas clases, estudios y la natural añoranza del hogar se unían a graves problemas de estómago. Las duras condiciones de



vida pasan factura. “Háblalo con Jesús, cuéntaselo todo, ten fe, confianza en él y encontrarás la solución”, le dijo el padre espiritual.

Juan José le hizo caso. Superó el curso de forma brillante. Las molestias de estómago aumentaron. Una hemorragia interna pone en grave riesgo su vida. La operación, la dolorosa recuperación, acarrea la pérdida del segundo curso y de la vocación. Juan José decide abandonar el seminario.

“Tu vocación no es la que elije el sacerdocio, sino que es Jesús el que elije los ministros del señor”. Esta frase del cura, consoló a su familia y a él mismo.

Llegó el trabajo, el matrimonio y la familia. Juan José consiguió un buen puesto en una empresa de distribución. Vinieron dos hijas a las que pudo dar un hogar y una buena educación.

En 1992 alcanzó la merecida jubilación. Transcurría ésta plácidamente hasta que su hija, “la médico” se percató de los problemas de garganta de su padre. Era un cáncer. La acción de la radioterapia sobre las células malignas se hizo imprescindible. Juan José no perdió la fe. Restándole importancia al durísimo tratamiento y sus secuelas, hoy me habla con gran entereza sobre ello, de cómo “con fe y esperanza, felices y contentos, seguimos adelante sin mirar atrás”.

Juan José es una persona que ha tenido una vida anónima, una vida normal. Pero su vida, como tantas otras, ha de servir de ejemplo a muchos jóvenes. Muchas veces nos lamentamos por cosas insignificantes, sin tener en cuenta que nuestros mayores han pasado sufrimientos que no podemos alcanzar a comprender. Los momentos vividos, sus experiencias vitales configuraron su fe cristiana. Su fe le ayudo a superar momentos muy difíciles. Caerse, levantarse y seguir adelante.

Sería aconsejable que hoy en día cultiváramos la fe. No me refiero a la religiosa (eso es asunto privado de cada uno) sino la fe, la creencia de que todo puede ir mejor, de que por mucho que nos golpee la vida, por mucho que nos caigamos, siempre podremos levantarnos.

Sí, Juan José, creo que la historia de tu fe tiene interés, muchísimo interés.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

¿Qué es lo importante de la vida? ¿Es diferente para cada persona o común a todos nosotros, aunque no nos demos cuenta? Si es así, ¿cuántos diferentes caminos habrá para alcanzar ese objetivo? ¿Tantos como personas hay?

Juan José no lo duda: La felicidad es lo más importante de la vida. En el camino de Juan José hacia esa felicidad, dos ideas, dos sentimientos que quizás sean el mismo, se repiten: amor y perdón. Tras una jornada de veraneo como cualquier otra, Juan José y su esposa, apuraban las últimas horas de sol echando la partida al tute con una pareja amiga. Intercambiadas las parejas, Juan José se enfrenta a su mujer; surge la discusión:

- ¿Vamos desparejados o dos a dos? Tras no llegar a un acuerdo y abandonar el lugar, ambos se acuestan sin cruzar palabra. Típico enfado tonto que todas las parejas, antiguas o nuevas, experimentan alguna vez.

Juan José no puede dormir, afectado de una grave enfermedad se revuelve en la cama. Una vuelta, otra y otra más, sin poder acceder al reino de Morfeo. Juan José reza un padre nuestro, como tantas miles de veces en su vida:

- Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden...

Se dio cuenta. No era la enfermedad la que no le dejaba dormir.

- ¿Me perdonas?, le dice a su mujer.

- Sí, te perdono.

Liberado de toda culpa y en paz, pudo conciliar el sueño plácidamente. La enfermedad y los problemas desaparecieron. Al despertarse y mirar a su mujer, lo comprendió: “El amor y el perdón”. Esa pequeña anécdota de la vida cotidiana le dio la respuesta: El amor y el perdón. El perdón, que no es otra cosa sino amor, eso es la verdadera felicidad.